tar la podredumbre de México. Ya en *Los de abajo* Azuela había demostrado su independencia de escritor al llegar a ciertas conclusiones negativas acerca de los beneficios de la revolución. Ahora, y muy francamente, fustiga a los hipócritas que, a la sombra de una ideología de izquierda, explotan al pueblo y lo envenenan. El caso de aquel pintor de Guadalajara que iba a triunfar a la ciudad de México con un cuadro que representaba a Cristo con cabeza de asno es lo más simbólico que se puede ofrecer sobre la originalidad y la sinceridad de los revolucionarios de México.

Indudablemente Azuela será acusado de burgués o de contrarrevolucionario, pero debemos felicitar a un autor que, por sobre la maquinaria fantástica de un comunismo falso, levanta la bandera de su propia conciencia cívica para desenmascarar a los destructores de la cultura y a los petimetres del pincel y de la pluma. Lo que Azuela pierde en vigor poético lo gana en documentación social y, con un realismo minucioso, ensancha su horizonte literario en esta novela.

ARTURO TORRES-RIOSECO,

Universidad de California, Berkeley.

La trama de oro, DIÓMEDES DE PEREYRA. Traducción del Tte. Corl. José Capriles López (del original inglés).—Santiago de Chile, Empresa Editora Zig-Zag, 1938. 194 pp.

Aunque boliviano, Diómedes de Pereyra ha vivido y trabajado en los Estados Unidos, donde apareció por primera vez esta novela publicada, según dice la portada, por la Butterick Publishing Company. El autor ha escrito en inglés la mayor parte de su obra, y curioso es el hecho de que una novela acerca de los bolivianos, con escenario en Bolivia, compuesta por un boliviano, tiene que ser vertida al castellano por otro boliviano, para que sus conterráneos puedan leerla.

La casa Butterick, hace años ya, publicaba unas cuatro o cinco revistas, pero actualmente las ha vendido, y no conserva ni rastro de esta historia en sus archivos. Empero, de las publicaciones de esta casa, es más probable que *Adventure* haya contenido la presente novela, ya que el argumento parece típico de tal revista, la cual pertenece, a lo mejor, al tercer rango entre las revistas norteamericanas.

Ahora, pues, que no se ofrece la oportunidad de cotejar el original

con la traducción, ha de ser ésta juzgada sin hacer caso de diferencias putativas entre las dos versiones. Además, parece esto más razonable cuando nos acordamos de lo que dice el traductor: "Teniendo muy en cuenta la frase italiana, *tradutores, traidores...* he tratado de ceñirme lo más fielmente posible al bello estilo y espíritu cautivador del original inglés".

El argumento —nada trascendental— de la novela, gira sobre las aventuras de un criado, Bernardo, que narra la historia, y un explorador, don Arturo Mortimer, antiguo amigo del juez que es el primer amo del mozo, andando en busca de tesoros incaicos que, según documentos dejados por un soldado español del siglo XVI, todavía quedan guardados por descendientes de los incas en un lugar muy escondido de la selva. Complicada por los intereses antagónicos de don Arturo y Bernardo, por un lado, y de los dos hijos del finado juez —muerto por casualidad mientras casi mataba a latigazos a Bernardo en accesos de furia— y por el odio mutuo entre Bernardo y los hermanos, la acción tira la curiosidad del lector hasta el final, curiosidad aumentada por un velo de misterio que circunda y descubre sólo a medias algunos caracteres y episodios. Después de encontrar el lugar secreto, don Arturo y Bernardo, ya amigos íntimos, abandonan los tesoros por inalcanzables, y los esqueletos de los hermanos, muertos a manos de los indios, por despreciables.

Bien escrita está la novela, y si no es más, esencialmente, que una historia de aventuras andantes, vale por el estilo excelente y el poder narrativo, así como por lo único del escenario. Pero lo que vale más es la pintura de la selva beniana del Norte y Oriente bolivianos, con los cuadros de la vida llevada en aquellas partes por las varias clases sociales, desde el juez y su amigo el explorador famoso hasta el más mísero canichana esclavo de los caucheros. Llenan estas páginas indios de muchas tribus, hacendados y bandidos blancos, ínfimos traficantes en carne humana, fieras de toda especie, un sinnúmero de plantas exóticas, y, en fin, toda la jungla beniana. Pereyra nos transporta allá y nos coloca ante un mundo desconocido, temible por ser ignoto. Olemos el calor fétido, húmedo, a trechos nauseabundo, de los ríos y los pantanos; sentimos las picaduras de los bichos pululantes en el aire opresivo; oímos el grito agónico de un caboclo a quien muerde una víbora. Aquí tenemos todo el paisaje, toda la atmósfera, toda la vida de aquella región de Bolivia que jamás ha visitado el novelista, según nos asegura el traductor, poniendo así de relieve la fecundidad de la imaginación del autor. Pero no obstante el hecho de no haber estado allí Pereyra, indudablemente ha sabido y aprendido lo que hay que saber y aprender de la flora y la fauna nativas de la región, porque de no ser así, el traductor, y probable-

mente otros bolivianos, lo indicarían, ya que cuando cualquier escritor yerra en sus obras, siempre hay quien se lo señale sin más ni más. Así es que podemos aceptar como auténticas las descripciones pintadas en estas páginas.

Diómedes de Pereyra sigue las huellas de Fenimore Cooper, el norteamericano, bien que con mayor éxito literario que éste; de W. H. Hudson, el inglés, con su *Mansiones verdes*; y de José Eustasio Rivera, el colombiano, con su *Vorágine*. Mas Pereyra no alcanza el éxito logrado por estos dos últimos. Lo que hace Rivera con la selva colombiana, espera Pereyra hacerlo con la boliviana. Ambas novelas tienen sus rasgos de lo romántico, especialmente la presente, y ambas muestran fuerza descriptiva, pero no hay igualdad entre ellas. *La Vorágine* ha de vivir como una de las novelas clásicas de la literatura iberoamericana, por su valor literario; *La trama de oro*, a pesar de sus reales méritos, no lo es ni lo ha de ser. Verdad es que no resulta justo compararlas, porque *La trama*, al parecer, es un *tour de force* escrito (si tenemos razón en nuestra conjetura de más arriba) para una revista sin pretensiones literarias, y, lo que es más, escrito no en castellano sino en inglés, lengua, no hay que decirlo, extranjera a la literatura hispanoamericana. Convengamos, pues, en que esta es una novela interesante por su intriga y fascinadora por su belleza de estilo, así como por su poder descriptivo y narrativo, y que pertenece a las mejores de la literatura meramente amena. Bien posible es que la traducción venga a ser considerada como trozo menor de la literatura boliviana, y cierto es que la novela es del creciente género "selviano", en grado mediano nada más.

LINTON LOMAS BARRETT,

Universidad de North Carolina.

Estampas mulatas, JOSÉ DíEZ-CANSECO. Con prólogo (reimpreso de la primera edición peruana) de Federico More.—Santiago de Chile, Empresa Editora Zig-Zag, 1938. 183 pp.

Peruanísimos son los seis cuentos de este libro, precisamente por serlo los zambos que llenan sus páginas. Son cuentos desiguales en su longitud como en su mérito literario y artístico, pero llenos de vida, brillantes a veces, y aun cuando falta el genio del autor, hay en ellos un vivo colorido del ambiente caluroso de los zambos.